

nidades, consistian en genuflecciones, vigiliias, ayunos y toda clase de austeridades y privaciones, sacrificios así de víctimas humanas como de animales, flores, frutos, inciensos y otros muchos objetos, siendo la parte principal del culto las oraciones que eran muy fervorosas y reverentes. Hacian votos en todas ocasiones y con mas frecuencia si se hallaban en algun peligro, los cuales cumplian con religiosa exactitud. Era tan general el respeto á las divinidades, que al nombrar alguno de los dioses principales se tocaba el suelo con la mano besándola despues, y no se creia que alguno pudiera abusar del nombre de dios sin sentir un horrible y ejemplar castigo: por estose tenia en gran valor el juramento hecho en los tribunales ó en alguna otra parte, siendo esta su fórmula mas general *¿cuix amo nechitla inlotioltzin?* ¿Acaso no me está viendo nuestro dios?

CAPITULO II.

Templos, sacerdotes y fiestas.

El principal templo de los mexicanos, fué el mayor, dedicado en el reinado de Ahuitzotl, de cuya estructura y dedicacion dimos razon en el tomo primero. Habia ademas el grandioso templo de Tlaltelolco dedicado tambien al dios de la guerra; y los demas de la ciudad eran tantos, que segun el testimonio de Bernal Diaz y otros escritores de aquella época, pasaban de dos mil. En todas las demas poblaciones habia varios, segun la categoría de los lugares y el número de habitantes; pero en ningun pueblo por pequeño que fuese dejaba de haber cuando menos uno. En todo el país eran los templos mas famosos los de Cholula, que por las tradiciones conserva-

das de Quetzalcohuatl, eran venerados por todos los pueblos formando grandes romerías para visitarlos: los de Teotihuacan, cuya antigüedad se remontaba á la dinastía de los Toltecas y que despues fueron sirviendo de modelo para la construccion de los demas; y sobre todos el que en Tezcoco fué construido por Nezahualcoyotl en honor del Dios Criador del Universo.

Habia tambien muchos en los bosques y en las simas de los montes, para ofrecer los sacrificios de sus divinidades protectoras y para que tuviera lugar la idólatra devocion de los caminantes.

Todos los templos, segun el aprecio que aquellos hombres hacian de su religion y el profundo respeto con que honraban á sus divinidades, estaban provistos de cuantiosas rentas en poseciones de tierras propias y gente destinada para su cultivo. Con estos frutos se atendia á la subsistencia de los sacerdotes, á los crecidos gastos de la magnificencia del culto y al sostenimiento hospicios que habia en todos los lugares principales para los enfermos y demas gente menesterosa: el sobrante, junto con las oblaciones voluntarias de los pueblos y las primicias que todos ofrecian de sus frutos, se alsaban en los almacenes contiguos al templo, para distribuirlo entre los pobres al finalizar el año. ¡Es vergonzoso para una generacion que se precia de ilustrada tener que abrir la historia de la gentilidad y, con ella recordarle el respeto á la religion, el esmero para cuidar del esplendor del culto y del socorro á los necesitados.

Aquel pueblo gentil en medio de la cruel y sanguinaria idolatría en que desgraciadamente habia caido, sabia tener al sacerdocio el respeto que merece su elevada dignidad: la nobleza principal, dedicaba sus hijos al servicio de los santuarios; y los demas señores destinaban los suyos para llevar la leña, atizar el fuego y demas

funciones exteriores, satisfechos de que ninguna ocupación mas honorífica podian dar á sus familias, que consagrarlas al servicio de los dioses.

Cada templo tenia número fijo de ministros; y ciertamente el total vendria á ser fabuloso si lo pudiéramos saber, pues solo al servicio de Tescatzoncatl habia cuatrocientos; y cinco mil para las funciones del templo mayor. No se habian descuidado de arreglar la gerarquía, y todo el estado sacerdotal estaba dividido en varios grados. El primero ocupan los dos sumos sacerdotes, llamando á uno *Teoteuctli*, Señor divino y al otro *Hueiteopiesqui*, gran sacerdote: solo las personas mas ilustres por su nacimiento, buena conducta y sabiduría podian llegar á esta elevada dignidad; y en Tescoco estaba reservada para el hijo segundo del rey. A mas de gobernar al estado sacerdotal y cuidar de todo lo que tuviera relacion con la religion, desempeñaban el cargo de consultores en los negocios mas graves de los reyes y ninguna guerra podia emprenderse sin su consentimiento, para no atraerse la cólera de los dioses, ellos ungián á los soberanos en su coronacion; y en los sacrificios de las fiestas mas solemnes, á ellos estaba reservada la bárbara prerrogativa de abrir el pecho de las víctimas y arrancar su corazon para ofrecerlo: eran nombrados por eleccion: su distintivo, era una borla de algodón pendiente del pecho; y en las fiestas solemnes usaban trajes ricamente adornados con las insignias del dios á quien se celebraba, llevando en la cabeza un penacho de plumas verdes con algunas figuras de los dioses, y pendiente de los hombros un lienzo donde se representaban los principales sucesos de la mitología.

Seguia luego la dignidad de Mexicoteohuatzin conferida por el gran sacerdote: y el que la obtenia velaba por la observancia de los ritos, ceremonias y la conducta de los sacerdotes, castigando á los delinquentes; para lo

qual tenia dos ayudantes *Huitznahuateohuatzin* y *Tepanteohuatzin*, este último era el rector de los seminarios. Habia un economo de los templos, que se llamaba *Tlatquimiloteuctli*: el compositor de los himnos, denominado *Ometochtli*: un maestro de ceremonias, *Epcoaquiltzin*; y el *Tlapixcatzin* ó maestro de capilla que arreglaba y dirigía los cantores. Cada colegio tenia tambien un inmediato director, y el resto de los sacerdotes llamados Teopixque que significa ministro de Dios, estaban encargados inmediatamente del culto: entre estos se repartian los cargos de sacrificadores, adivinos, cantores, instructores de la juventud, tambien arreglaban el calendario y pinturas mitológicas, turnandose para hacer el servicio de los templos de dia y de noche; y de ellos habia un superior en cada barrio que cuidaba de los sacerdotes que estaban bajo su jurisdiccion, así como de las fiestas y demas actos religiosos. Al amanecer, al mediodia, en la tarde y media noche, se insensaban los ídolos con copal ó algunas otras resinas olorosas, usando insensarios de barro para los dias comunes y de oro para los dias de fiesta: al sol se insensaba cuatro veces en el dia, y cinco en la noche: los sacerdotes debian bañarse todas las noches y en el dia pintarse el cuerpo con humo de ocote, ocre y cinabrio: los de los seminarios traian todo el vestido negro; pero los demas solo se diferenciaban del pueblo en una gorra negra de algodón y todos usaban el cabello largo y trenzado.

En un edificio anexo al templo, preparaban una uncion de insectos venenosos quemados y mezclados con tabaco, humo de ocote y la yervallamada *Teopatli* ó medicamento divino: con esto se untaban el cuerpo para las ridículas y supersticiosas ceremonias de adivinacion y tambien para los sacrificios que hacian en los montes ó en cabernas subterráneas.

Los sacerdotes debian observar gran recato y modes-

tia en todas sus acciones, como que su vida servia de norma al pueblo, y porque se creia una falta muy grave á las divinidades, que sus mas inmediatos servidores no guardaran la pureza y santidad debida que exigia la delicadeza de su estado: estaban obligados á frecuentes ayunos, toda clase de austeridades muchas de ellas sangrientas, jamas se embriagaban y aun raras veces les era permitido tomar vino. De los cuatrocientos que servian al dios Tezcatzoncalt, trecientos tres eran cantores y cada uno tenia una caña de las cuales habia una marcada con un agujero: todos los dias al concluir el canto las arrojaban al suelo y el que levantaba la caña agujerada, era el único á quien le permitian tomar vino.

Todos eran casados, pero durante el tiempo del servicio en el templo, (pues no era perpetuo el sacerdocio y solo duraba el tiempo que queria consagrarse á él) no podian tomar otra muger que la legítima; y cualquiera falta contra la honestidad, era en ellos castigada con mucho mas rigor que en lo comun del pueblo. Tambien se corregia severamente la pereza en las funciones sacerdotales y á los que tocaba el servicio en la noche y no lo hacian con la exactitud debida, se les bañaba la cabeza con agua hirviendo ó le agujeraban las orejas y los labios, y si reincidian los ahogaban en la laguna.

Entre las órdenes religiosas una era la de Tlamacaxcayotl en honor de Quetzalcohuatl y se componia de los niños que sus padres consagraban desde su infancia al servicio de este dios. Cuando se queria consagrar á alguno, el padre del niño convidaba al superior de la comunidad; y llendo este á la casa tomaba al niño en sus brazos, le ponía un collar y hacia por él al dios algunas oraciones: á los dos años se hacia una incision en el pecho y á los siete entraba á la congregacion, para cuyo acto era exhortado por su padre. Los individuos

de esta comunidad portaban un traje muy honesto, se bañaban todos á media noche, despues seguian cantando himnos á su dios y pasaban el dia en ejercicios de una continuada penitencia. Esta rigidez de vida les habia creado gran reputacion de virtud, y como un privilegio por ella les era permitido derramar su propia sangre.

Habia otra orden consagrada á Tezcatlipoca llamada Telpochtiliztli que quiere decir coleccion de jóvenes, pues todos los que la formaban eran jóvenes y niños que desde su infancia se consagraban como los de Quetzalcohuatl; pero no vivian en comunidad sino cada uno en su casa: y solo al ponerse el Sol se reunian en casa de un sacerdote encargado en cada barrio de dirigirlos, y todos bailaban y cantaban los elogios de su dios.

Tambien habia mugeres que ejercian las funciones sacerdotales; pero nunca podian sacrificar, ni obtener las altas dignidades del sacerdocio, solo se dedicaban á preparar las oblacones de comestibles que diariamente se ofrecian, y labraban las telas que adornaban los ídolos y los altares.

Estas sacerdotisas vivian en comunidad muy vigiladas y cualquiera accion contra la honestidad, ó las buenas costumbres, era imperdonable y castigada con muchísimo rigor: de suerte que los padres tenian allí un establecimiento de educacion para sus hijas y casi los mas las ponian en él, cuando menos hasta los diez y siete años, en cuyo tiempo les habian buscado esposo. Entonces el padre les presentaba al Tepanteohuatzin, ó rector de los seminarios, algunos platos de codornices, copal, flores y algunos otros objetos, segun la proporcion de cada uno y le daba las gracias en una arenga, por el tiempo que habia estado su hija recibiendo educacion en el colegio, y el rector con otra arenga devolvia á la niña, amonestándole á la virtud y á cumplir con los deberes del matrimonio.

Respecto de los sacrificios, habia muchos y de mu-

chas clases; pero en lo general eran todos como los dos de que se habló al describir la dedicacion del templo mayor.

Entre las fiestas religiosas de los mexicanos una de las mas notables era la que hacian en el quinto mes que correspondia al 11 de Mayo al gran Dios Tezcatlipoca. Diez dias antes se vestia y adornaba un sacerdote como estaba representado aquel númen, y salia del templo con un ramo de flores en la mano, y una flautilla de barro, que daba un son agudísimo. Despues de haber vuelto el rostro primero á levante y despues á los otros tres puntos cardinales tocaba con fuerza aquel instrumento, y tomando del suelo un poco de polvo, lo llevaba á la boca y lo tragaba. Al oír el son del instrumento todos se arrodillaban. Los que habian cometido algun crimen, llenos de espanto y consternacion, rogaban llorando al dios, que les perdonase su culpa y que no permitiese fuese descubierta por los hombres. Los militares le pedian valor y fuerza para combatir con los enemigos de la nacion, grandes victorias, y muchos prisioneros para los sacrificios; y todo el pueblo repitiendo la ceremonia de tragar polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. Repetíase el toque de la flauta todos los otros dias que precedian á la fiesta. El dia antes, los nobles llevaban un nuevo traje al ídolo, del cual lo vestian inmediatamente los sacerdotes, guardando el viejo como reliquia en un arca del templo, despues lo adornaban de ciertas insignias particulares de oro y plata, y plumas hermosas y alzaban el portalon que cerraba siempre el ingreso del templo, á fin de que todos los circunstantes viesen y adorasen la imágen. Llegado el dia de la fiesta, el pueblo concurría al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes, pintados de negro y vestidos como el ídolo, lo llevaban sobre una litera, que los jóvenes y doncellas ceñian con cuerdas

gruezas hechas de hileras de granos de maiz tostado, y de ellas se le hacia un collar y una guirnalda. Esta cuerda simbolo de la sequedad que era muy temida entre aquellas gentes, se llamaba Tejcatl, nombre que por aquella razon se dió al mes. Todos los jóvenes y doncellas del templo, y los nobles llevaban hileras semejantes al cuello y á las manos. De allí salian en procesion por el atrio inferior cuyo pavimento estaba provisto de flores, y yerbas fragantes: dos sacerdotes incensaban al ídolo que otros llevaban en hombros. En tanto el pueblo estaba de rodillas, azotándose las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesion y con ella la disciplina, volvian á colocar el ídolo en el altar, y haciánle copiosas oblaciones de oro, joyas, flores, animales y manjares, que preparaban las doncellas y otras mugeres dedicadas por voto particular á servir el templo en aquellos dias. Las doncellas llevaban en procesion aquellos platos, conducidas por un sacerdote de alta gerarquía, vestido de un modo extravagante, y los jóvenes los distribuian en las habitaciones de los otros sacerdotes á quienes estaban destinados.

Hacíase despues el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era el joven mejor parecido, y mas bien conformado de todos los prisioneros. Escogiánlo un año antes, y durante todo aquel tiempo iba vestido con ropa igual á la del ídolo. Paseaba libremente por la ciudad, aunque escoltado por una buena guardia, y era generalmente adorado como una imágen viva de aquella divinidad suprema. Veinte dias antes de la fiesta, aquel desgraciado se casaba con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco últimos, le daban comidas ó piparas, y le prodigaban toda clase de placeres. El dia de la fiesta lo conducian con gran acompañamiento al templo: pero antes de llegar, despedían á sus mugeres: Acompañaba al ídolo en la procesion, y á la hora del sacrificio, lo estendian en el altar,

y el gran sacerdote le abría con gran reverencia el pecho, y le sacaba el corazón. Su cadáver no era arrojado por las escaleras, como el de las otras víctimas, sino llevado en brazos de los sacerdotes al pié del templo y allí decapitado. El cráneo se ensartaba en el Tzompantli donde se conservaban todos los de las víctimas sacrificadas á Tezcatlipoca, y las piernas y brazos, cocidos y condimentados, se enviaban á las mesas de los Señores. Después del sacrificio había un gran baile de los colegiales y nobles que habían asistido á la fiesta. Al ponerse el sol, las doncellas del templo hacían otra oblación de pan amasado con miel. Este pan, con no sé que otra cosa, se ponía delante del altar, y servía de premio á los jóvenes que, en la carrera que hacían por las escaleras del templo salían victoriosos. También se les galardonaba con ropas y eran muy festejados por los sacerdotes, y por el pueblo. Dábase fin á la fiesta, licenciando de los seminarios á los jóvenes y doncellas que estaban en edad de casarse. Los que se quedaban, los ultrajaban con expresiones satíricas y burlescas, y les tiraban con haces de juncos, y otras yerbas, echándoles en cara el abandonar el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio. Los sacerdotes les permitían estos excesos, como desahogos propios de la edad.

Se le hacían tres fiestas á Huitzilopochtli y casi á todos los dioses principales, pero con algunas pequeñas variaciones en lo sustancial eran como la que queda referida. La más famosa era la fiesta secular que tenía lugar cada cincuenta y dos años por ser éste el número de años de su siglo. La última noche del siglo apagaban el fuego en todas partes y rompían todas las vasijas y utensilios de la casa, preparándose de este modo á esperar el fin del mundo que creían sería al fin de este siglo. Los sacerdotes vestidos con las insignias de todos los dioses, salían de los templos acompañados de un

numeroso concurso del pueblo, y caminaban á un monte cerca de la ciudad de Iztapalapan, á más de dos leguas de la capital: iban arreglando su marcha según el curso de las estrellas, para llegar un poco antes de media noche, para que á esta hora precisa se hiciera la renovación del fuego, que era la señal de que se les concedía la duración del mundo. Había un sacerdote á quien estaba encargada esta ceremonia exclusivamente y la practicaba sobre el pecho de un prisionero, para lo cual escogían el de más alta gerarquía: al aparecer el nuevo fuego era saludado con mil aclamaciones de regocijo, se encendía luego una hoguera grande cuya luz se advirtiera por los habitantes de los lugares inmediatos que en las azoteas de las casas esperaban este acontecimiento; y en ella arrojaban á la víctima con cuyo sacrificio se consagraba el fuego nuevo. Los sacerdotes tomaban el fuego sagrado para el templo mayor de México, de donde se proveía toda la ciudad y los habitantes de los demás pueblos corrían á proporcionarse en la hoguera el elemento tan necesario.

Los trece días siguientes que eran intercalares y se introducían entre uno y otro siglo, según se explicó en la parte respectiva del tomo primero, los destinaban á reparar y blanquear los edificios, componer sus ropas, renovar los útiles del servicio de la casa y en preparar la fiesta del nuevo siglo: esta comenzaba el veintiseis de Febrero; y nadie podía tomar agua antes de medio día, en cuya hora comenzaban los sacrificios y seguían teniendo en medio del mayor regocijo suntuosos banquetes, juegos, bailes, iluminaciones en todas las noches y cuantas demostraciones de alegría podían inventar todos los días hasta concluir la fiesta.